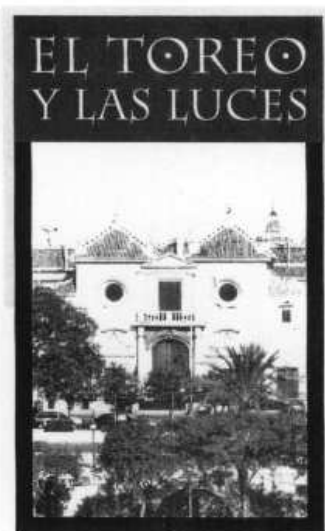


Revista de Estudios Taurinos  
N.º 6, Sevilla, 1997, págs. 201-216

Duque, Aquilino: *El torero y las luces*, Sevilla, Real Maestranza de Caballería, 1997 [1989], 67 págs.

AQUILINO DUQUE



REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA  
DE SEVILLA

Fig. n.º 47.– Portada del libro *El torero y las luces*, 1997.

El 24 de setiembre de 1997, el Excmo. Sr. don Rafael Atienza, marqués de Salvatierra y teniente de hermano mayor de la Real Maestranza de Ronda presentó, a instancias del Excmo. Sr. don Tulio O'Neill, marqués de Caltójar, teniente de hermano mayor de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, en un acto, presidido por éste, presentó la reedición del libro del Excmo. Sr. don Aquilino Duque, de la Real Maestranza de Buenas Letras de Sevilla, *El torero y las luces*.

En recuerdo de aquel memorable acontecimiento, la *Fundación de Estudios Taurinos* publica en ésta, su **Revista**, las intervenciones, en primer lugar, del presentador, don Rafael Atienza y, a continuación, la del autor, don Aquilino Duque.

\* \* \*

Aquilino Duque es un excelente escritor. Viajero continuo y curioso insaciable, es un magnífico narrador, un excelente ensayista y, aunque en esta materia me cuesta más opinar, un buen poeta. Por todo ello es una satisfacción presentar esta reedición de *El toreo y las luces* y agradezco a la Junta de Gobierno de la Real Maestranza y al autor la ocasión que me dan de hablar ante este público.

También es una satisfacción presentar un libro sobre el mundo del toro. Pienso que en esta sala se presentan ya tantos libros y revistas en torno a la tauromaquia como corridas se dan en la plaza. Esto es propio de una institución que tanto cuida la cultura escrita, pero además no puedo dejar de observar un fenómeno generacional: veo aumentar el número de amigos aficionados que cada día van menos a la plaza y se refugian en la

lectura, en el riquísimo mundo cultural –artístico, literario, histórico, antropológico– que la tauromaquia encierra.

Este paulatino abandono del tendido se da en todas las artes: el recuerdo edulcorado de un mundo mejor, esa arcadia de los grandes tenores, poetas, caballeros, o bailaores es un lugar común: en todas épocas hay una generación –en este caso la mía, por desgracia para mí– que empieza a decir que ya no vale la pena ir a la ópera, desaparecidos los grandes cantantes y el mundo elegante e idealizado que los rodeaba; que el flamenco está desganado, que ya nadie escribe como Baroja, o que se vivía mejor, en el mundo, sin el teléfono móvil o, en Sevilla, sin Isla Mágica. Pero este lamento en nada afecta a los toros o a la ópera: por cada persona de mi edad que se va, entran cien jóvenes. Y son los jóvenes los que mantienen la fiesta, no la gente de mi generación. Entre otras cosas, porque, como oí decir a mi padre una vez, la vejez está muy bien; lo único malo es que dura poco.

En los toros, como en casi todo, uno no puede evitar el pertenecer a su generación: una película del Oeste de los 60 se parece más a una película de romanos de esa fecha que a un *western* de los 90. Todo lo delata: las patillas y corte de pelo, los diálogos y modas, lo políticamente correcto de cada década. Todas las películas pertenecen a su década, incluso las históricas. Igualmente, en los toros, una generación se quedó en Joselito, otra en *Manolete*, otra en Pepe Luis o Antonio Ordóñez. Este libro que la Real Maestranza edita, *El toreo y las luces*, es un testamento de la época de oro que vio el autor, la época de Pepe Luis.

Tengo para mí que este sentimiento de degradación, esta nostalgia por un pasado mejor es mayor en los toros que

en las demás artes. Uno lee crítica de cine, de teatro, de literatura, y en ninguna parte como en la tauromaquia uno se encuentra con ese continuo lamento elegíaco: «que si no hay toreros como los de antes», «que si no hay toros como los de antes»: todos los críticos taurinos, incluso los jóvenes, parecen enfermos de melancolía. Los de hoy y los de hace un siglo, parece que el aficionado taurino siempre ha echado de menos tiempos mejores.

El recuerdo de anécdotas y faenas referidas al período de juventud del aficionado, el pasado, siempre embellecido, y la memoria, siempre selectiva, son comunes a todas las artes: lo que de verdad echamos de menos es nuestra juventud. Pero en el caso de los toros hay una cuestión más: la extrema codificación y ritualización de la lidia apenas tiene parangón con otras artes. Hemos visto todos los principios artísticos, literarios, arquitectónicos, saltar por los aires desde mediados del siglo XIX. El espíritu del artista se ha forjado contra todas las reglas anteriores: Giacometti, Joyce, Braque, Mahler, supusieron rupturas de diversa índole. En los toros, por el contrario, ha de realizarse un minucioso cumplimiento del ritual. Es más, el ritual va siendo cada vez más aparente. O dicho de otro modo, lo que era necesidad se está volviendo rito.

El máximo refinamiento de un arte requiere una economía de medios: en los toros consiste en que ningún gesto sea gratuito. Por eso, cuando un amigo va por primera vez a la plaza, se le dice: «piensa que nada es casual; que cada movimiento o gesto tiene un sentido y una consecuencia». Pues bien, los cambios en el ganado, en algunas suertes –en especial la de varas–, hacen que este principio empiece a quebrarse. El aficionado ve repetirse gestos y movimientos

que ya no responden a una necesidad, sino más bien a un ritual, y ello acrecienta la sensación de tramoya y fraude.

De todas las artes, la música es la que peor ha resistido este siglo que está acabando: cuando hace décadas que cualquier estudiante tiene en su apartamento un cartel del Guernica, cuando hasta los más conservadores leen a Joyce o a Quim Monzó, cuando todos tenemos en casa lámparas y sillas de diseño moderno, los músicos de este siglo han fracasado en su misión de atraer al público. Los conciertos se ven y se oyen, los discos que se venden, son la música del XIX o de siglos anteriores. Este es el primer siglo que no oye su propia música. Los conciertos de Schoenberg o Mauricio Sotelo se dan ante salas vacías. Este verano Gerard Mortier, que sustituyó a Von Karajan en la dirección del festival de Salzburgo, ha representado tres óperas del siglo XX: por primera vez en décadas han sobrado entradas en Salzburgo. Es algo así como si en literatura nos hubiésemos quedado en Flaubert y Galdós, o en pintura con Madrazo y David, en arquitectura con Carlo Rossi y Rafael Manzano. Como si rechazásemos todo lo escrito, pintado o construido en este siglo.

Ahora bien: podemos oír la música romántica, como podemos leer una novela del Siglo de Oro o ver pintura del XVIII; pero lo que no podemos es ver una corrida de toros del siglo pasado. Se puede oír a Beethoven o ver a Goya, pero quien quiera ver toros tiene que ver a Rivera Ordóñez o a *Curro*: a Pepe Luiz Vázquez es imposible verlo, pero sabemos como toreaba, porque lo hemos leído, y lo sabremos mejor después de leer este libro *El toreo y las luces*. Para Aquilino Duque, la edad de oro del toreo fueron los años en que pudo

ver a Pepe Luis Vázquez. «La juventud es nuestra edad de oro; esa edad de oro la llenó para mí como nadie Pepe Luis Vázquez, que es el torero más completo que yo he visto».

*El toreo y las luces* es un preciso y precioso libro de muy difícil presentación, pues es un ejemplar de ensayo conceptista: breve y conciso, se tarda menos tiempo en leerlo que el que yo voy a tardar en presentarlo. Presentar este libro es como intentar explicar un aforismo o un poema: ambos son ejercicios de extrema concisión, y no cabe explicarlos: sólo cabe leerlos, que es lo que yo les recomiendo a ustedes. Y digo leerlo y no comprarlo, porque comprar un libro de Aquilino Duque es punto menos que imposible. Para ser conocido como el gran escritor que es, Aquilino Duque tiene una gran limitación: está muy mal distribuido. Recomendé su reciente libro *La era de Mairena*, a un par de amigos y los llevé a la desesperación. Sólo se podían encontrar ejemplares en el bar *La Carbonería*, en el barrio de San Bartolomé. Este libro, que no es la primera vez que lo presento y quizás tampoco sea la última, fue editado por la editorial *Quites*, de Valencia, y apenas fue distribuido; por ello es de celebrar que esta Real Maestranza lo reedite y que se pueda encontrar en esta casa y en este museo, aunque probablemente esta reedición tampoco se distribuirá a todos los librerías de España; entre otras cosas porque la función de una Real Maestranza no puede ser distribuir, sería algo contra natura. El mismo Aquilino Duque dice, y es una cita propia para un salón como éste, que «la cultura popular andaluza es aristocrática porque, consciente o no de su historia y de su riqueza colectiva, el pueblo andaluz aspira a unos ideales de vida que sólo están al alcance de unos pocos». Pues lo mismo puede decirse de sus libros.

Esta irregular carrera de tan buen escritor sólo se explica por su carácter. En *El torero y las luces* escribe: «la lidia, a diferencia de la caza, no requiere astucia, sino sabiduría. El cazador se esconde y se agazapa; el torero da el pecho y busca el cuerpo a cuerpo con un animal más poderoso que él». Y Cicerón escribió: «no hay nada más peligroso para una república que el que gente astuta pase por sabia». Esta disyuntiva tiene algo de autobiográfica: Aquilino Duque no conoce la astucia, y quizá por eso la desprecia. Conoce, en cambio, la sabiduría: la sabiduría como sinónimo de ciencia o conocimientos, la sabiduría como capacidad de desprecio por el engaño. Otra cosa es que se le pueda definir como sabio. Para ello le faltan dos virtudes cardinales: la prudencia y la templanza. La primera es una virtud conveniente, la segunda, una disciplina necesaria.

Decía Bergamín que Kant era el poseedor de la razón, mientras que Nietzsche era un poseído por la razón. El equilibrio entre la lucidez y la templanza es lo que diferencia al poseedor del poseído. Ser poseído por la razón, como también lo es Aquilino Duque, es un estadio superior a ser poseído por la pasión, si bien, como todo estadio superior, es menos gratificante y más difícil de entender: todo el mundo cree entender la pasión, aunque pocos la hayan conocido.

La Razón es una amante exigente y difícil. Convertirla en una esposa sumisa y conveniente requiere una voluntad de la que Aquilino Duque carece. Se le puede aplicar la cita que en este mismo libro hace de Muñoz Pacheco, compañero de Rafael Alberti cuando ambos querían ser pintores, que jamás aspiró a nada y a la pintura renunció por completo, porque su lema era: «en esta vida hay que tener mucho cuidado y no dejarse llevar por la voluntad».

Esta Razón, que es dueña de Aquilino Duque, lo hace iracundo y vehemente. Puede aplicársele una cita de la Contrarreforma: «lo que más reparo en él es que todo cuanto se propone sostener lo lleva al extremo y hasta el exceso. Yo conozco su genio por sus escritos, lo mismo que si viviera como él. Es un espíritu ardiente e impetuoso. En todas sus cosas se ve un Aquiles cuya cólera es invencible». Esto decía Erasmo de Rotterdam de Lutero, en su VI epístola. Homero tuvo su Aquiles y Bormujos tiene su Aquilino, proclive, como dice su buen amigo José Antonio Muñoz Rojas, a las aquilinarías. Un escritor así, que, como él mismo dice diferenciando la caza de la lidia, no se esconde ni se agazapa, sino que busca el cuerpo a cuerpo, es propenso a crearse enemigos y Aquilino Duque tiene los mejores. Y los mantiene porque los cuida: es decir, no los desprecia ni los odia ni los olvida, sino que se los crea, los busca y los fustiga, y así los mantiene siempre vivos e irreconciliables.

El Marqués de Tamarón distingue los escritores andaluces en dos clases: los cursis y los catetos. En los primeros incluye escritores como Bécquer o Juan Ramón Jiménez –grandes escritores cursis–. Los catetos son escritores como Valera, Muñoz Rojas o García Lorca. Aquilino Duque es, dice Tamarón, un auténtico cateto, es decir, un autor bien arraigado en su tierra, que no pierde la cabeza por haber viajado mucho o por conocer más lenguas extranjeras que la mayoría de los escritores españoles.

Este hombre cateto y políglota, generoso y colérico, culto y vehemente, tiene un don esencial en el escritor nato: el buen oído para las palabras, sus giros, sus ecos, lo que se llama el genio del lenguaje. Por eso, al elegir a Aquilino Duque para que lea el pregón taurino de esta primavera, el marqués de Caltójar ha demostrado dos cosas: que sabe apre-



ciar el talento, y que tiene un valor sin límite, y por ambas cosas quiero felicitarle. Muchas gracias.

Rafael Atienza Medina  
Fundación de Estudios Taurinos

\* \* \*

No es ésta la primera vez que se presenta este libro mío ni es tampoco la primera que se publica. Hace ya más de siete años que el libro, publicado a la sazón por la Excm. Diputación de Valencia, fue presentado en este mismo Paseo de Colón, un Domingo de Resurrección si mal no recuerdo, en los locales de Previsión Española y la presentación corrió a cargo del Marqués de Salvatierra. Lo que yo dije entonces lo voy a repetir, pues muchos de los presentes no lo oyeron y muchos de los que lo oyeron lo habrán seguramente olvidado. Las palabras se las lleva el viento; así que, por este lado, nada nuevo. Lo que sí es nuevo es la reedición del libro por la Real Maestranza de Caballería, la presentación en su sede y las palabras del presentador, que nada tienen que ver con las palabras, también chisporroteantes y luminosas, que entonces pronunció. Estas palabras, las de hoy, me ponen en un compromiso. No recuerdo qué matador de toros se vio en un trance de semejantes cuando, en plena corrida y a la vista del público, Joselito *el Gallo* lo invitó a poner un par de banderillas. Algo de eso me pasa a mí ahora, pero no pierdo de vista que yo he venido aquí a hablar de toros y el Marqués de Salvatierra a hablar de mí. A lo que él ha dicho no tengo nada

que añadir; lo suscribo de la cruz a la fecha y me resisto como puedo a la tentación de comentarlo, es decir, de poner el par de banderillas que me brinda vaya usted a saber con qué intenciones. Yo creo que tiene toda la razón cuando dice que para ser sabio, es decir, para ser sensato –los franceses tienen la misma palabra para ambas cosas– me faltan dos virtudes cardinales, a saber, la prudencia y la templanza. Templanza viene de temple y templar es precisamente una de las reglas de oro de la lidia; en cuanto a la prudencia, toda es poca frente al toro, siempre que no se la confunda con el miedo. Sin embargo, la vergüenza torera me obliga a tomar las banderillas que el Marqués me ofrece, para decir simplemente que uno de los fines de mi libro es contar, a través de una figura del toreo y de una visión de la fiesta brava, cosa que también hice por cierto en mi libro sobre el cante, una época que, como todas, tiene sus claroscuros, pero no es lícito reducir a los tintes siniestros y sórdidos con que hoy suelen presentarla los manipuladores de la opinión pública. Las fuentes de mi memoria no están contaminadas. Y ahora, vamos al toro.

La fiesta de toros es un ejercicio deportivo que se convierte en obra de arte hacia 1740. Eso es lo que nos dice Ortega y Gasset y eso es lo que me ha hecho a mí, dócil a la sugestión de José Bergamín, vincular su origen al Siglo de las Luces. No quiero decir con esto que sea en el Siglo de las Luces cuando nace la fiesta de los toros, lo que sí es cierto es que es a partir del Siglo de las Luces cuando la fiesta es lo que hoy entendemos por tal. A esa luz, a esas luces me he puesto a evocar algo más modesto, que es mi descubrimiento de la fiesta de los toros. Los toros existían como fiesta desde mucho antes de que yo los descubriera, como el Nuevo Mundo exis-

tía cuando Colón lo descubrió; pero es que además se había escrito mucho sobre toros, todo lo que era dable escribir, cuando hice la temeridad de hacer por escrito la historia de mi descubrimiento. La mayoría de los que han escrito de toros, con algunas excepciones, no se han puesto nunca delante de un toro. Decía Domingo Ortega que en la plaza hay miles de personas que saben lo que hay que hacerle a cada toro y una sola que se lo hace, que es el torero. Sin embargo, esos miles de personas vociferan su ciencia infusa desde el anonimato de la muchedumbre, para lo que hay que tener mucho valor. Yo, por lo menos, ya que nunca tuve el valor de ponerme delante de un toro, tengo por lo menos un arrojo de decir a cuerpo limpio lo que pienso de la fiesta de toros.

Se dice mucho en los medios literarios que los críticos son escritores frustrados; algo parecido cabría decir de los que escribimos de toros. Ya dijo Manuel Machado que antes que un tal poeta, su deseo primero hubiera sido ser un buen banderillero. Otro poeta, Gerardo Diego, tocado de la musa taurina y a quien debe la afición los versos imborrables de *La suerte o la muerte*, pianista a ratos, solía decir que él era «músico de corto y poeta de luces». En una antología de poetas andaluces en la que la selección de poemas va precedida de una semblanza y de un cuestionario, no falta la pregunta: «¿Qué le hubiera gustado ser en la vida?». De los veinticuatro antologados, sólo dos contestan, sin vacilar y sin ponerse de acuerdo: «Torero». Esos dos no son dos cualquiera. Uno es don Rafael Alberti y otro el que suscribe. Alberti por lo menos hizo el paseíllo vestido de luces en la cuadrilla de Sánchez Mejías en una plaza de Galicia. Yo, ni eso. Y ahora resulta que, dado que el camino de Madrid a Oviedo pasa por las Azores, me veo

emplazado por la Real Maestranza de Sevilla para hablar de toros en sus dependencias. El valor físico se me tendrá que suponer, pero el valor moral lo acredito sobradamente.

Muchos son los sevillanos que en su juventud han cifrado en la Maestranza, en el ruedo de la Maestranza, su idea del triunfo, del éxito, de la fortuna, de la gloria. Yo soy, yo fui, uno de ellos. Para mí era la Maestranza el centro del mundo y debo decir que, con todas las vueltas que ha dado el mundo desde entonces, lo sigue siendo todavía. Antes hablé de mi descubrimiento del mundo de los toros y hoy no sabría decir si ese descubrimiento fue o no en la Maestranza. Lo que sí sé es que su redondel peraltado fue el planeta que guió mi edad de oro. De esa edad de oro trata sobre todo *El toreo y las luces*, de esa edad de oro mía que es mi edad de oro del toreo y en cuyo centro pongo a Pepe Luis Vázquez. Precisamente las correspondencias, todo lo sinestésicas que se quiera, entre el toreo de Pepe Luis y la música de Mozart, fueron lo que me hizo pensar en las luces del siglo en que la lidia del toro se hizo obra de arte.

No trato, sin embargo, de establecer una relación de causa a efecto entre las luces y el toreo, entre la ilustración y la tauromaquia. Con ello incurriría en el vicio que señalo en otros, de conciliar conceptos antagónicos con un tropo ingenioso, en este caso las luces del traje de torear. Me limito a señalar una coincidencia, pues el hecho es que, tal vez gracias al espíritu de precisión científica de la Ilustración, la lidia del toro empieza a tener preceptivas y reglamentos. Se ha dicho que la España del XVIII es la pugna entre Feijoo y *Pepe Hillo*; puede que ello sea cierto, pero también lo es que ambos participan en el espíritu del siglo cuando se ponen, el uno a limpiar de telarañas el trasmundo de las creencias populares; el

otro a codificar una preceptiva del arte de torear. Por otra parte, una de las notas de la edad contemporánea que inaugura la Revolución Francesa, es la ruptura de la unidad espiritual de Europa. Todo es doble a partir de entonces, y es doble la Ilustración y es doble el Romanticismo, según qué ilustrados o románticos den preferencia a la tradición o al progreso. No podemos saber cómo habrían reaccionado los ilustrados franceses ante la Revolución, pues todos habían pasado ya a mejor vida, pero no es muy aventurado suponer que ese tránsito oportuno salvó a más de uno de la guillotina. Sí sabemos cómo reaccionaron las mejores cabezas de la Ilustración alemana y española —no hablemos de la inglesa— y como botón de muestra baste aquella opinión de Jovellanos sobre la democracia, un régimen según él que todo hombre de bien no puede menos de mirar con horror. Hay afrancesados como Moratín a quienes sin embargo gustan los toros, y hay britanizados como Blanco-White que abominan de ellos aunque demuestren conocerlos muy bien. No es fácil, por tanto, deslindar los campos, y siempre habrá dos maneras de ver el mismo fenómeno.

El brillante tratadista taurino *Pepe Alameda* distingue entre toreros que practican el toreo natural y toreros que practican el toreo cambiado. Uno de los primeros, según él, fue *Manolete*; entre los segundos figuró Domingo Ortega. Para Domingo Ortega era fundamental cargar la suerte, mientras que para *Manolete* cargar la suerte era aliviarse. Otra gran pluma de la taurografía, Guillermo Sureda, le da en esto la razón a *Manolete* y se la quita a Ortega, y no tiene razón, porque tanta razón tenía Ortega como *Manolete*. Cargar la suerte tiene sentido cuando se cruza uno con el toro, como hacía Ortega, no cuando se aguanta y temple su embestida, como hacía *Manolete*.

En esto de los toros hay unos que son aprendices hasta el final, que somos los aficionados, y otros, los toreros, que son maestros desde el principio, y como en todo, cada maestrillo tiene su librillo. El maestro cuyas lecciones seguí con más asiduidad fue Pepe Luis Vázquez, cuya personalidad artística no se puede descifrar si no se sitúa uno en los valores de la época. Esto es lo que yo he tratado de hacer, pues sólo desde esos valores se entiende bien a otros grandes toreros de la época aquella a los que rindo también conmovido homenaje. Hoy los valores son distintos, y aun inversos, y allá cada cual con sus preferencias. De lo que sí me guardaré es de lamentarme de la presunta decadencia de la fiesta de toros. Siempre tengo presente que Jorge Manrique escribió aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor antes de sucumbir en la guerra civil contra los partidarios de la Bertraneja, y así no pudo ver unos tiempos que mejorarían con mucho a los añorados del rey don Juan: los de la unidad de España y los del descubrimiento del Nuevo Mundo. Los recientes acontecimientos mundiales encierran una gran lección, y es que la Historia no lleva una trayectoria lineal e irreversible, como quería el progresismo revolucionario. La Historia tiene altibajos, como también los tiene la tauromaquia y, si los tiempos presentes no nos acaban de gustar, siempre nos cabe el consuelo de considerar que son tiempos de transición. En épocas de *estado* y épocas de *transición* divide Ortega las épocas del toreo, y todos los tratadistas están conformes en considerar épocas de *estado* la de Joselito y la de *Manolete* y de *transición* la que media entre la muerte del primero y la alternativa del segundo, fechas que están en el ánimo de todos y entre las que brillaron toreros nada vulgares como *Chicuelo*, *Cagancho*, Domingo Ortega, Antonio Márquez, *el Niño de la*

*Palma*, Manolito Bienvenida, Luis Fuentes Bejarano y muchos más. Por eso va mi aplauso a los toreros hoy en activo y mi recomendación a los pesimistas de que recuerden que toda *transición* es por definición transitoria y desemboca inexorablemente en una época de *estado*.

Siempre vienen tiempos mejores y siempre cabe además el recurso de añorar los años juveniles, que sólo por eso son los años de una edad de oro. Es esos años de mi edad de oro regía aún para los católicos el misal de Trento, cuyas primeras palabras, trasladadas del humo de los altares a la sangre de los toros, van a ser las últimas de la presente función, pues lo que quise decir en mi libro es que yo me acerqué al toreo de Pepe Luis Vázquez y su toreo llenó de alegría mi juventud.

Aquilino Duque

Fundación de Estudios Taurinos

